

Magnicidio preventivo, vísperas de escalada bélica en Oriente Medio

La reciente escalada de la crisis en Oriente Medio tiene su epicentro en el asesinato selectivo de Qasem Soleimani (Kerman, 1957–Bagdad, 2020), máximo líder militar iraní, acaecido en las inmediaciones del aeropuerto de Bagdad a comienzos del pasado enero. La muerte le sobrevino cuando él y su séquito, a bordo de un convoy militar de escolta, fueron aniquilados con misiles lanzados desde drones en vuelo, probablemente teledirigidos por las Fuerzas Aéreas estadounidenses, que cuentan en Irak con doce bases militares y un prieto sistema de información y comunicaciones.

Muchos interrogantes penden aún sobre este episodio, que cabría definir como un magnicidio preventivo, un eslabón más en la siniestra cadena que arrastra el concepto de guerra preventiva, una nueva e inquietante aberración transgresora de las leyes de la guerra y del Derecho Internacional, aplicada sin escrúpulos en escenarios tan dispares como Libia, Líbano, Irak o Siria. Fue precisamente en estos países donde Soleimani ejerció su liderazgo militar al frente del contingente mixto Al Qods, nutrido por miembros de la Guardia Revolucionaria iraní —*Sepah Pasdaran*— y voluntarios chiíes de distintas nacionalidades. El general abatido, provisto de un poder carismático evidente dado el fervor de sus tropas ante sus éxitos militares en la guerra irano–iraquí (1980-1989), era muy popular en su país y en la zona perimetral contigua, ejercía de responsable, no solo militar sino también político y diplomático, del glacis de seguridad y de ataque de un Irán rodeado de poderosos adversarios como Arabia Saudí, Turquía o incluso Israel, al que hostigaba por su apoyo al Hizbollah libanés.

Lo sucedido junto al aeropuerto bagdadí se había originado tiempo atrás, cuando una milicia iraquí proiraní atacó, presumiblemente con cohetes, una base estadounidense en Kirkuk, en el territorio de Irak y causó, presuntamente, la muerte de un contratista privado norteamericano. Nunca se reveló su nombre. Empero, la reacción de los supuestamente atacados se saldó con una treintena de muertos entre milicianos iraquíes. Los supervivientes y sus deudos se encaminaron a Bagdad y allí se adentraron en la Embajada estadounidense. La policía local los desalojó con gases lacrimógenos y los asaltantes protagonizaron una sentada alrededor de la sede de la misión diplomática.

El pánico cundió en algunas estancias de Washington, donde se temía una reedición o un *ritornello* de lo sucedido en la Embajada estadounidense en Teherán, en noviembre de 1979, cuando el grupo *Estudiantes en la Línea del Imán Jomeini*, bajo la dirección del hoyatolelam Mussavi Joeiniha, asaltó la sede diplomática y mantuvo secuestrado durante 444 días al personal diplomático norteamericano —53 personas— hasta el 20 de enero de 1981, fecha en la que iba a tomar posesión de su cargo presidencial Ronald Reagan. Aquel episodio quedó grabado en la memoria colectiva del país trasatlántico.

Todo indica que, ante la gravedad de lo que se desarrollaba a fines de diciembre en Bagdad, que bien podría ser considerado por Washington como *casus belli* de una guerra frontal indeseada por Irán, Qassem Soleimani pudo movilizar su carisma y su ascendiente para disuadir a los que cercaban la Embajada de mantener el asedio. Lo que no pensaba el general iraní, probablemente, era que Donald Trump tampoco deseaba una nueva guerra, en esta ocasión con Irán, ya que acaricia la idea de conseguir, si supera el trauma del *impeachment*, la reelección en noviembre de este año. Empero, el general persa se arriesgó confiando en que su aviso al Gobierno iraquí de su propósito de acudir a Bagdad fuera transmitido a Washington y, sin hostigamiento alguno, le fuera franqueado el paso por Irak, donde, además, contaba con apoyo miliciano local proiraní. ¿Calló su aviso el Gobierno de Bagdad? ¿Un avezado general

como él incurrió en la arrogancia de sentirse invulnerable o en la confianza en que sus enemigos le respetarían?

Tres hipótesis

¿Qué sucedió en realidad? Hablaron los misiles desde drones que difícilmente discriminan quién viaja en un convoy militar, por muy fuertemente escoltado que vaya. Habló el fuego. El *número 2* del régimen iraní, futuro heredero ejecutivo del anciano ayatolá Alí Jámenei, quien ya antes le había calificado de *mártir en vida* tras permanecer al frente de la vanguardia y la retaguardia militares de Irán como garante de su integridad en un escenario abiertamente hostil, pereció abrasado y el mito vivo sobre el que cosechó su poder y su carisma quedó truncado.

En Washington, Donald Trump, cada vez más aislado, pese a sus proyectos de reelección, sudaba sangre ante la inminencia de un *impeachment*, una destitución legal por parte del Congreso. Solo contaba, en realidad, con un aliado poderoso, aunque también en apuros como él mismo: Benjamin Netanyahu, al borde de un juicio por soborno y corrupción que podría poner fin a su largo mandato como Primer Ministro de Israel. Netanyahu necesitaba una baza importante para recreditarse ante el pueblo israelí y fortificarse ante su clase política. Por consiguiente, podría haber ofrecido movilizar su influencia transversal entre congresistas y senadores estadounidenses, demócratas y republicanos, para rebajar el mordiente del procedimiento legal de destitución de Donald Trump. El intercambio era claro: la vida de Soleimani, odiado en Israel por su amparo a Hizbollah y Hamás, a cambio de apoyos para impedir que el aliado de Netanyahu, Trump, fuera legalmente derrocado.

Otra interpretación considera que Trump, quien pese a haber incentivado sustancialmente el inicial presupuesto militar de Estados Unidos, 690.000 millones de dólares, ha renunciado abiertamente a las guerras *armadas* y optado por las guerras comerciales y financieras, pudo haberse visto presionado a eliminar a Soleimani por

parte del complejo militar industrial norteamericano. Este poderoso poder fáctico, sobre el cual ya alertó a en los años 50 del siglo xx el general de cuatro estrellas y presidente Dwight D. Eisenhower, una vez culminada la *Guerra Fría* a partir de 1990 y pese a que la Unión Soviética es hoy una Rusia capitalista y no comunista, prosigue alimentando una rusofobia que brinda una motivación a la carrera de ventas de armamentos que el complejo controla. Parte de las acusaciones de injerencia rusa en la política electoral e interior estadounidense parece tener una inducción semejante. Sin embargo, como el mensaje belicista rusófobo no acaba de calar en la sociedad americana, Irán volvería al primer plano del Eje del Mal de los enemigos de Estados Unidos como pretexto perpetuador del poder fáctico militar-industrial y Washington justificaría así el magnicidio.

Sin descartar que el Comandante en Jefe, Donald Trump, haya adoptado una de sus usuales medidas irreflexivas, o bien que haya podido ser militarmente *punteado* —voluntaria o involuntariamente— en el asesinato de Soleimani, la gravedad de este hecho adquiere un alcance tal que desborda los límites del atribulado Oriente Medio. Una previsible escalada parecía tan inevitable que, solo unas horas después de lo ocurrido, Mike Pompeo, actual Secretario de Estado y exdirector de la CIA, salió al paso de lo ocurrido y dijo que el Gobierno de los Estados Unidos no pensaba ir más allá. El propio Donald Trump tuiteó un mensaje en el mismo sentido. Todo indicaba que se tomaba conciencia de la entidad de lo acaecido tan solo tras el hecho consumado.

En Teherán, el ayatolá Alí Jamenei mostraba su dolor y el de la clase política iraní mientras prometía vengar a su favorito, al tiempo que millones de personas salían a las calles de Mashad, Teherán, Qom, Isfahan y Kerman, patria chica del asesinato, pidiendo el castigo de sus asesinos. Hassan Dhughan, asesor militar del Guía de la Revolución Alí Jamenei, anunció una “segura y proporcionada” represalia, si bien ceñida al ámbito militar.

Paradójicamente, la desaparición de Soleimani, no obstante, ha fortalecido en términos legitimantes al régimen de la República islámica

de Irán, que en noviembre había afrontado una cadena de huelgas populares contra la carestía y la corrupción. Las manifestaciones habían sido reprimidas muy duramente y culminaron con más de 300 muertes entre los manifestantes. Las protestas se habían visto exacerbadas por las sanciones y el boicót económico promovido por Donald Trump, que impedía a Irán actuar en la esfera exportadora y financiera internacional mediante el bloqueo de fondos depositados en el extranjero y otras prohibiciones que provocaron la asfixia de la economía iraní.

Como telón de fondo, la aniquilación del *número 2* del régimen iraní reavivaba el temor a que Irán se descolgara, plenamente ya, del pacto de desnuclearización que la República Islámica había suscrito con Barak Hussein Obama y los líderes de Francia, Reino Unido y Alemania en 2015. No obstante, poco después de acceder al poder en 2017, Donald Trump había roto el acuerdo que París, Londres y Berlín, al igual que Teherán, se propusieron prorrogar con la esperanza de hacer volver a Estados Unidos al redil pactado.

Tras el magnicidio de Bagdad, Vladimir Putin, presidente de Rusia, viajó a Damasco y mostró el apoyo ruso al Estado sirio que, con la pérdida de Soleimani, veía desaparecer a su principal sostén militar en la guerra desencadenada conjuntamente por el Estado Islámico (ISIS o Daesh) y la oposición siria —con apoyo occidental— para fragmentar el país y establecer un califato, los unos; y derrocar al régimen autoritario de Basher al Assad, los otros. Por su parte a China le incomoda lo sucedido, habida cuenta de que su cercano Irán es uno de los emporios energéticos más ricos del Planeta, máxime ahora, cuando se sabe que el Golfo Pérsico atesora otro depósito de hidrocarburos de extensión inusitada. Tanto París como Berlín, parecen entender que las sanciones económicas y financieras contra Irán decretadas por Trump forman parte sustancial del conflicto, por lo cual exigen templanza a ambos Estados.

Irán no es un Estado cualquiera. Tanto su riqueza petrolera —y geominera—, como su control del estrecho de Ormuz, por donde circula a diario buena parte del petróleo que riega Occidente, le otorgan

una potencialidad política, diplomática y estratégica de la que carecen otros Estados de la zona. Este potencial se ve subrayado por su extensión territorial, tres veces la de España, así como por su orografía montañosa y/o desértica, al igual que su población alfabetizada, sus infraestructuras industriales petroquímicas y su trabada institucionalidad política —con un refinado sistema parlamentario—, consultivo y fiscalizador engrasado por una cultura política secular. En cuanto a su entidad militar, puede movilizar un millón de hombres en armas, cuenta con un considerable Ejército regular, *Artesh*, tan solo superado por una Guardia Revolucionaria, *Sepah Pasdarán*, provista de Aviación, Marina, misiles y carros de combate propios, cuerpo militar fogueado además en la guerra irano-iraquí y con experiencia de combate intramuros y extramuros, de sus fronteras. Todo ello le convierte en un enemigo nada desdeñable para una superpotencia lejana como Estados Unidos, incapaz de ocupar el país militarmente y con amargas experiencias bélicas como la derrota de Vietnam en el imaginario colectivo.

Un proceso de paz ¿trucado?

Independientemente de las razones políticas propias y específicas de las autoridades y del pueblo de Palestina en contra del reciente Plan de Paz presentado por Donald Trump apenas a un mes vista de las elecciones del 3 de marzo en Israel —con un Benjamin Netanyahu en la víspera de un juicio por corrupción— resulta muy difícil no relacionar el asesinato del líder militar iraní Qassem Soleimani con el propio plan y con el rechazo frontal a la propuesta de Trump por parte de la Autoridad Nacional Palestina. El ascendiente de Irán sobre la política palestina, vía Hamás, organización hegemónica en la Gaza cercada por Israel, es considerado como una evidencia incontestable. Tal vez la negociación del plan de Trump se percibiría desde Washington —y desde luego, desde Israel— desprovista de obstáculos para satisfacer los intereses israelíes si la parte palestina careciera, como así ha sido, de una retaguardia militar como la que el desaparecido Qassem Soleimani encarnaba.

En medio de un panorama de espadas en alto y el eventual riesgo de una escalada bélica, incluso con un temible desenlace nuclear, improbable pero siempre posible, la llamada del Papa Francisco al autocontrol a Estados Unidos e Irán, así como su demanda para que “mantengan encendida la llama del diálogo” se convierte en una urgente invocación a la sensatez concorde con el mensaje ínsito en la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII: “la paz exige el rechazo absoluto de la violencia y el terrorismo y requiere un compromiso constante con quienes tienen responsabilidades políticas”. Y el Pontífice agregaba: “Mi pensamiento no puede dejar de ir a toda la Tierra Santa, para recordar la urgencia de que la Comunidad internacional entera, con valentía y sinceridad, y en el respeto del Derecho Internacional, confirme de nuevo su compromiso de sostener el proceso de paz israelí-palestino”. ■

La naturaleza de la creación

Un estudio de la relación
entre la Biblia y la ciencia

Mark Harris

Por regla general se asume que la ciencia y la religión están en guerra. En la actualidad, muchos afirman que la ciencia ha tornado superflua la fe religiosa; otros recurren a una interpretación literalista de la creación bíblica para rechazar o reformular la ciencia; unos terceros intentan clarificar las ideas de Darwin con ayuda del Génesis. el presente libro aborda este complejo debate confrontándose con la ciencia moderna y con la exégesis bíblica a la vez.

La creación es un elemento central de la teología cristiana y de la Biblia y se ha convertido en un campo de batalla para científicos, ateos y creacionistas. Aquí se desarrolla una sostenida investigación teológica y crítica sobre qué dicen los textos creacionales de la Biblia y qué relación guarda ese mensaje con las modernas ideas científicas sobre los orígenes. Y muestra qué es lo que la ciencia y la religión comparten y en qué difieren y deben diferir.



La naturaleza de la creación

Un estudio de la relación
entre la Biblia y la ciencia

Mark Harris

ISBN: 978-84-8468-790-0

Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2019.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950